

[Colombia]

## LAVA Y CANTA AL SON DE MACHUCA ESTÉREO

Cuando el paisaje todavía no reverdecía ni los animales se apareaban; cuando las mujeres lloraban en la soledad de sus cocinas y los hombres no podían explicar lo sucedido; los micrófonos de Machuca Digital Stereo llevaron voces de esperanza, produjeron sonrisas y provocaron la catarsis.

Patricia Nieto

*12.patricia@gmail.com*

Comunicadora Social Periodista y Magíster en Ciencia Política de la Universidad de Antioquia. Estudiante del Doctorado en Comunicación de la Universidad Nacional de La Plata. Profesora de la carrera de Periodismo de la Universidad de Antioquia en el área de narrativa periodística. El último proyecto dirigido por ella dio como resultado los libros “Jamás olvidaré tu nombre” y “El Cielo no me abandona”, escritos por víctimas del conflicto armado colombiano.

Después de que Machuca fue una bola de fuego el paisaje cambió para siempre. Lo recuerdo ahora cuando trato de dormir de nuevo en esta tierra de árboles y metales preciosos y me sobresalta el olor a gas que sale de la cocina. Cierro los ojos para no ver la araña que trepa por la cortina y, entonces, llegan los recuerdos del 21 de octubre de 1998.

Después de dos horas por una carretera que parte en dos el paisaje de bosques exuberantes y aguas que no respetan caudales, el bus disminuyó la velocidad. Los pasajeros se levantaron, miraron el paisaje cenizo y humeante; contemplé sus rostros desencajados, sus dedos a la frente, a su boca, a su pecho para santiguarse, sus labios decían los nombres, los apellidos, los apodos de quienes pasaban la noche en las casas convertidas en tizones. El ayudante del conductor no vociferó, los pasajeros que llegaban a su destino señalaron con el índice la maleta, la caja, el costal, y él, acostumbrado a los gritos de las terminales y a las algarabías de los hotelitos del gremio, entregó los equipajes con delicadeza, como diciendo cuánto le dolía la tragedia.

Caminé por la callecita central donde se apiñaban los sobrevivientes aterrados; percibí el olor dulzón de la carne incinerada; nadie me miraba, nadie me veía; me contraje ante los ojos desorbitados de quienes ocupaban, exhaustos, las aceras; me fui detrás de los niños hacia el río y allí, en la orilla del Pocuné, vi patos, sapos, pollos, cerdos, iguanas y pajaritos calcinados; regresé a la calle principal y fui hasta el cementerio donde una retro-excavadora perforaba la tierra para convertirla en tumba colectiva. Me tendí sobre el pasto chamuscado, incapaz de interrumpir el desvarío de alguien para que me contara qué pasó.

La araña ya casi alcanza los encajes del bolero superior de la cortina cuando Luis grita que huele a gas. Su voz funciona como una alarma y toda la familia despierta. Sandril, lloriquea con sus mimos de niña, la abuela enciende la luz y Lauris, arrastrando sus sandalias sale de su cuarto, atraviesa la salita, revisa la cocina y anuncia, con su voz metálica, que el fogón está apagado y la llave cerrada.

Maribel Agualimpia, la abuela, descansa a mi lado. Me ofreció su rincón para evitarme una mala noche en la residencia de la calle principal donde la músicaailable suena hasta después de la media noche de los sábados, cuando los mineros llegan para vender el oro recogido en días de trabajo en la montaña. Su respiración es suave y delicada como su voz. No sé si duerme, si ya se curó del insomnio que la dominó hace diez años cuando el pueblo se incendió, o si no se mueve para no incomodarme. Sólo sé que me conoce hace solo cinco horas y ya me ofreció un refugio singular: su cama.

Regreso a la oscuridad. “Aquí siempre creemos que huele a gas”, me dice, como adivinando mis preocupaciones. Fijo mis ojos en los rayitos de luz de luna que entran por las rendijas del techo de zinc y escucho el canto persistente del agua que corre por mangueras abiertas en todas las casas.

## II

Machuca Digital Stereo da los buenos días a la gente de Laureles, Juan Tereso, El Cenizo, Chorrolindo, Cuturú, El Cristo, El 20, El Bosque, San Antonio, Caná y Machuca Centro. Despierto y Maribel me saluda sin palabras, sólo con sus ojos grandes, como invitándome al deleite que le genera escuchar ese sartal de nombres de veredas seguido de cadenas de apellidos de gente que, como nosotros, recibe el nuevo día en este paraje olvidado en los pliegues de la cordillera central de los Andes.

Son las seis de la mañana, el sol hace rato que reemplazó la luz de las bombillas, Maribel ya recibió el beneficio del agua fresca, los niños juegan en el patio donde también reposa un caballo y la radio, a falta de campanario y sacristán, anuncia que es domingo. Maribel se afana: abre la llave del gas, enciende el fogón y deja caer tajadas de plátano en un sartén, pescado en el otro y arroz en el tercero. Así se desayuna en Machuca para soportar una temperatura que a las diez de la mañana llegará a los 35 grados y será insoportable al medio día.

La familia, después de refrescarse en el chorro de agua que llega a lo que un día será una ducha, desayuna unida. En la sala, que también sirve de habitación, reina el equipo de sonido. Da luces azules según la modulación del locutor. Luis dice que si grita, todos los bombillos se encienden. Las niñas fijan la mirada en los botoncitos que palidecen con los silencios. Y Yilia, la prima adolescente, anuncia que quiere ir a programar una hora de música a la emisora. Maribel, la tía, le da el visto bueno y la chica se va con sus jeans ajustados, su camiseta ceñida, su cabello al viento y sus plataformas coloridas tan útiles para evitar que los pies se mojen en los charcos que dejan las lluvias de la madrugada.

El aire no es liviano en Machuca, pesa tanto como los recuerdos de quienes hace diez años tenían la edad necesaria para grabar en su memoria una noche de horror. Lauris, la de la voz metálica, dice que el pueblo se quemó cuando ella apenas caminaba y sus hermanos, Luis y Sandril, ni venían en camino. Maribel la escucha compasiva y se sorprende cuando la niña, astuta y juguetona, le dice que va para La Nevera, una caída de agua helada a la que sueñan ir todos en Machuca para matar los calores de enero. A la abuela no le gusta la idea porque detrás de Lauris se van los más pequeños que todavía no dominan el agua. Cuando moje, enjabone, estregue, enjuague y cuelgue una montaña de ropa que impide el paso por el pasillo de entrada, puede ir al charco. Lauris sube el volumen de la radio, mete un manojo de ropa al tanque y empieza su tarea. Lava y canta al son de Machuca Digital Stereo.

## III

A las nueve de la mañana la gente de Machuca ya busca las sombras de los árboles o de los techos para esquivar el sol. En la calle de Maribel, las niñas pintan sobre cuadernos viejos, los niños construyen una carretera con pantano y un muchacho alto cambia las herraduras de una mula. Pronto identifico la calle y recuerdo que el 18 de

octubre de 1988 en una de sus esquinas dormía la familia de Carmelo Herrera y, en la otra, Cecilia Mosquera descansaba con sus tres hijos y su esposo.

A Carmelo Herrera lo conocí frente al ataúd donde reposaba Ana Rubiela Oquendo, su mujer. A un lado de la Virgen del Carmen y del Divino Niño, de rodillas sobre el césped rezaba cabizbajo. Esperé a que terminara su oración y le hablé. Lo acompañé durante horas. Fuimos hasta donde estuvo su casa y allí, de entre los hierros retorcidos, rescató la máquina de coser que usaba su esposa y me pidió que lo retratara con ella. Narró su noche:

*“Llegué de la mina, vendí los granitos y repartí las platas. Por la noche me fui a jugar dominó al almacén de unos amigos. A las doce de la noche sentimos eso que nos simbronió. Corrimos hacia la casa. Los tres niños quemados y yo buscando a la vieja por esa loma arriba. La mujer parecía normal, corrimos hacia la loma. Yo me fui quedando atrás porque ella no podía correr. Al ratico ya todos pasaban por encima de nosotros. Me la amarré con una colcha. Ella tenía el cuerpo pelado. Después se la llevaron para la pieza 7441 del hospital Pablo Tobón Uribe. Ayer llamé y me dijeron que estaba estable. Apenas colgué, me llamaron los soldados: que ella llega ahora, me dijeron. Y llegó muerta”.*

El sacerdote despidió a Rubiela sencillamente. Sin acólitos, ni sacristanes, ni campanas. La bendijo con una rama verde mojada en agua, dio media vuelta y secó sus lágrimas. Decenas de cruces marcaban los puntos donde ya habían sido enterrados los que murieron primero. A Rubiela la bajaron lentamente hasta dos metros de profundidad. Carmelo pidió que la dejaran descubierta hasta que llegaran sus hijas. Pero los amigos le rogaron que no la dejara dañar por el sol. Tomó la única pala y empezó a cubrirla. El llanto lo ahogó. Entonces, un hombre con la cara tatuada de bombitas producto de la candela, asumió la tarea de mover cuatro metros cúbicos de tierra para protegerla.

Le pregunto a Maribel por Carmelo y me dice que no sabe de su destino. Después de la tragedia mucha gente se fue del pueblo a ver si le pasaba el miedo, si se le olvidaba cómo era el infierno. Algunos olvidaron el camino de regreso pero otros, como la misma Maribel, regresaron. “A la semana de la tragedia me fui para Medellín, no soportaba el pánico”, me confiesa mientras caminamos hacia la esquina de Cecilia. La noche del 18 de octubre de 1988, Maribel descansaba en su casa ubicada en las cercanías de la escuela.

*“Esa tarde se escucharon rumores de que iban a romper el tubo y yo tenía miedo porque seis años antes, una familia de seis personas había muerto en otra quemazón. Como a las doce y media de la noche rompieron el tubo y a la una de la mañana dinamitaron el puente. La mayoría de las casitas de madera se quemaron, fueron leña para su propio fuego. Una niña, que se llama Candelaria, nació una hora después del incendio.*

*Muchos quemados lograron salir para el alto Banderas y algunas personas corrieron por cuatro o cinco horas monte adentro. Desde el morro veíamos la prendezón, se fue la energía, empezó a llover. Cuando veíamos gente quemada, le tirábamos sábanas para que no se lastimaran en el monte. Después empezamos a bajar los heridos. Un muchacho cargó a mucha gente y después se arrebato. Se lo llevaron para un hospital psiquiátrico. No teníamos médico, ni enfermera y en la droguería sólo tenían vaselina y cremas de manos. Como no teníamos teléfono, tocó enviar un mensajero a Segovia para que vinieran a ayudarnos. Yo no tenía vida, me fui para Medellín y trabajé en la casa del cantante de Los Gigantes del Vallenato. Pero a los tres meses volví. Ya no aguantaba la zozobra, estar lejos”, me dijo para explicar porqué rehizo las maletas.*

Al llegar a la esquina, Maribel me presenta a Cecilia Mosquera. Es una mujer negra, lleva una trusa amarilla y me mira inquisidora. Cuando habla mira sólo a Maribel: “Aquí vienen todos a que uno les cuente la historia y qué le dejan. ¿Qué nos ha quedado después de tanto sufrimiento?” Ella ha hablado en decenas de encuentros de víctimas del conflicto armado colombiano y representó a Machuca cuando el Congreso de la República de Colombia decidió, en 2007, escuchar a víctimas de todos los actores en una jornada de doce horas. En mi libreta de notas de 1998 Cecilia aparece en la lista de muertos, junto a Maira Alejandra, Johnatan y Leydi Johana, sus hijos, y debajo de Arturo Valero, a quien la uní con una flecha para recordar que eran marido y mujer.

El barrio Nuevo, donde sobrevive Cecilia, fue completamente consumido por el fuego. Sólo una casa de adobes grises y piso de cemento quedó intacta. En su sala, contemplé la imagen más contundente y simple del luto, el silencio y la soledad que siguieron: de la pared que separaba la sala de una alcoba, colgaba una sábana blanca, inmaculada, en medio de tanta ceniza y hollín; un moño de terciopelo negro se sostenía por obra de dos puntadas de aguja e hilo; dos banquetas de madera estaban dispuestas para sostener el cofre; dos ladrillos sostenían veladoras que titilaban; en el suelo una palangana llena de agua esperaba para saciar la sed de las ánimas benditas.

## IV

Maribel Agualimpia fue la primera en romper el silencio que sobrevino a la tragedia de Machuca. En la memoria de los colombianos quedó el resumen de los hechos: el 18 de octubre de 1998, la Compañía Cimarrones del ELN dinamitó el tubo que transporta petróleo a la altura del corregimiento de Machuca, oficialmente conocido como Fraguas, perteneciente al municipio de Segovia en el Nordeste de Antioquia. Al volar el oleoducto, los guerrilleros también rompieron el gasoducto. Así se produjo la liberación simultánea de gas y de crudo. Media hora después, el mismo grupo, utilizó una chispa para dinamitar un rústico puente de madera sobre el río Pocuné y así, entorpecer las labores de reparación. El contacto del fuego con el gas, que ya era

una nube sobre el pueblo, produjo una explosión y una bola de fuego que mató a 84 personas, hirió a 32 y dañó la relativa tranquilidad de los 1.200 habitantes.

A Maribel, exiliada en Medellín, el versito repetido por las emisoras le provocaba un dolor profundo en el pecho. ¿Qué pasaba en realidad? Al volver a casa comprobó que en el paisaje de Machuca estaría por siempre la huella del horror. Los heridos salían en las tardes con sus pasos lentos, los niños entraban en raptos de terror a cualquier hora, los montes lucían desnudos, secos y las mujeres ya no charlaban al caer la tarde. El silencio reinaba en un pueblo donde antes abundaban las charlas, los cantos, las fiestas, la algarabía propia de los negros.

Antes de cumplirse un año de “la quema”, el 23 de agosto de 1999, Maribel abrió los micrófonos de Machuca Digital Stereo y dijo algo así como: “*Si hay en la tierra violencia y dolor, también hay en ella música y amor*”, giró la perilla y dio entrada a voces y músicas que acompañan desde entonces a los que viven en las márgenes de la trocha de Zaragoza, construida hace décadas por la Frontino Gold Mines para facilitar el transporte de la maquinaria necesaria para la explotación del oro.

Ese día rieron en Machuca. Se burlaban de Maribel Aguallimpia, Victoria Velásquez y Dilinger Viveros, las amas de casa metidas a locutoras. Ellas hablaban desde el segundo piso del centro comunitario y a pocos metros la gente reía por primera vez en medio del dolor.

Maribel descubrió, durante los talleres ofrecidos por la Corporación Antioquia presente en el proceso de recuperación de Machuca, que la comunicación era su vocación. Sin terminar los estudios elementales, con 41 años, seis hijos y una nieta, decidió aprender y emprender. Con disciplina participó en la escritura del periódico mural que hablaba de lo que todos callaban: la tragedia de octubre de 1998. Durante cuatro meses las mujeres manifestaron sus dolores, sus miedos y sus incertidumbres por escrito. Al final, Maribel confesó que estaba enamorada de la radio y prometió fundar la emisora de Machuca.

Álvaro Chedit Amarís, maestro de la radio en el Bajo Cauca, la inspiró para encontrar en su alma la voz capaz de animar a los oyentes y, además, le prestó unos viejos equipos para que le hablara a los mineros que pasan semanas lejos de casa, a las mujeres que salen a buscar oro en los ríos, a las chicas que hacen las tareas, a los muchachos que dejan colegio y casa para irse a raspar coca, a los viejos que no salen de sus patios, a sus nietos que la escuchan mientras corretean al caballo que busca la sombra en su patio.

## V

Machuca Digital Stereo es apenas un cuarto desde donde se ve la montaña verde que queda a la otra orilla del río. Un escritorio, dos consolas de sonido, dos alimentadoras de cds, un computador destartalado y un transmisor que Maribel cuida como a un hijo. A la media mañana habla Álvaro Felipe Ortega, de 30 años,

locutor de oficio que dejó las relucientes instalaciones de la emisora de El Bagre, un pueblo vecino, para internarse por la trocha que llega a Machuca. Maribel y yo saludamos desde la puerta para no interrumpir el monólogo. Álvaro habla de espaldas a la consola, imaginando el paisaje que está detrás de la montaña con el propósito de producir sueños en los más jóvenes y sonrisas en los más viejos. De pronto, la presencia de un niño lo regresa a la realidad. Trae un mensaje desde La Ceiba. Quiere que lo lea varias veces y despacio, insiste. Álvaro obedece. Baja el volumen de la música, se acerca al micrófono y anuncia que sigue un servicio social. Sube la música, la baja. Dice que viene desde La Ceiba. La baja, la sube, la baja. Es para felicitar a Natalia Mosquera en su cumpleaños. El niño, vestido con camiseta amarilla, pantalón corto, medias verdes y botas de caucho, sonríe cuando el locutor lo mira. Le extiende mil pesos. Y se va.

De mil en mil, Álvaro recoge su salario. A veces llega a doce mil por día, con los que no podría pagar ni el arriendo de una vivienda con alcoba cocina y baño; otras, se va con las manos vacías. Así es el trato. Álvaro duerme en la casa de Maribel y come en el restaurante de otro Agualimpia. El salario, en metálico, proviene exclusivamente de los servicios sociales que dependen siempre de las necesidades de los oyentes. Y dice que por los oyentes, que ya son sus amigos, permanece en Machuca, un pueblo sin médico, ni agua potable, ni alcantarillado, ni telefonía domiciliaria ni móvil.

En esta escueta emisora faltan libros, productos pregrabados, discos compactos, casetes, acetatos. Por eso hay fiesta, dice Maribel, cuando alguna organización no gubernamental les envía series educativas o algún visitante les deja revistas que hablen de salud o ecología. En esta emisora sobran las voces. Si tuvieran un teléfono, éste no pararía de sonar porque a la gente de Machuca le encanta contar lo que hace. A veces llegan mensajes: “Álvaro: diga que en mi casa estamos haciendo sopa de gallina. Firma: Yuli”. Álvaro lee el mensaje y enseguida se desata la catarata de razones: unos ven televisión; otros duermen en las hamacas; los otros, juegan dominó; los demás van de paseo a La Nevera.

## VI

Machuca es apenas dos hileras de casas apostadas a la orilla de la que será algún día la Troncal de la Paz. Camino con Maribel en sentido Segovia-Zaragoza. Y ahí están las manos que se levantan al paso de esta mujer. Le piden un minuto; ella obtiene sus ingresos vendiendo planes exequiales. Ella ejerce su oficio y yo la observo.

Mientras le pagan las mensualidades, ella *reportea*: ¿A cómo están pagando el oro? ¿Quién prepara sancocho? ¿Es cierto que los muchachos están dejando el colegio? ¿Cómo sigue la salud de fulano? ¿Ya nació la niña de perana? Y así se entera, y yo con ella, de que: los jóvenes están consumiendo pasta de coca; de los 56 alumnos que ingresaron a sexto grado apenas quedan 30; por la carretera de arriba no hay paso y la de abajo amaneció inundada; el corregidor, enfermo, se quedó en Medellín; el

cura no vino y la enfermera renunció; así que este fin de semana, como tantos otros, Machuca está bajo la autoridad y la protección del Ejército.

El recorrido nos lleva a Cindy Yurlena Elorza, la estrella de *Tu voz también cuenta*, un programa que se emite desde la calles de Machuca. Cindy me cuenta que, a falta de teléfonos, tomaba el micrófono conectado por un largísimo cable a la consola, y se iba de paseo. Arrastraba el cable, sí, y preguntaba a los transeúntes por el amor, la infidelidad, la culinaria, los oficios, el deporte. Nació en Tarazá, otro pueblo minero, y llegó con sus padres a Machuca en 2004. No sabe nada de “la quema” y, tal vez por eso, sonrío de día y de noche. Estudia en el liceo, vende ropa colorida en un almacén y en los ratos libres sale a la calle con su micrófono. “He preguntado por las enfermedades de transmisión sexual, por medicinas caseras y hasta por la infidelidad. Pero eso era antes, cuando el micrófono estaba bueno, ahora, como se quemó, no tengo con que entrevistar”, me dice y sonrío mientras los clientes la apuran para que les muestre unas chanclas de doce mil y una camiseta ombliguera de diez mil. Maribel se despide cuando el dueño del almacén entra para saber qué pasa en su negocio. Le hablo de la emisora y se suelta en elogios. ¿Cómo vivíamos antes si aquí ni las grandes cadenas radiales se sintonizan bien?

En la panadería de Machuca escuchan la emisora de seis de la mañana hasta las ocho de la noche, cuando la apagan. Tomamos refrescos antes de que el sol del medio día nos impida caminar. Carlos Andrés Builes, de 27 años, nos acompaña. Llegó a Machuca procedente de Puerto Bélgica, guiado por su madre, una mujer experta en encontrar oro. Después de 18 años de lavar y sacar unos granitos de vez en cuando, decidió descansar y validar la primaria. Vivía en La Batea y una señora de allá habló por él con Maribel. “Empecé por las tardes. Era algo que me gustaba pero me daba mucho temor, no podía acercarme al micrófono y al poco tiempo aprendí que era hablar como si estuviera en la casa”. Carlos, que sí recordaba la tragedia, hablaba de ella en la radio. Siempre con mensajes de aliento, dice, porque los asesores del proceso de recuperación de Machuca, le recomendaron a Maribel hablar siempre en un tono positivo y ella, le transmitió la enseñanza.

En 1998, los mineros vivían como ciegos, como sordos. A falta de radio y de televisión, se enteraban de las novedades cada que algún compañero salía a ver a la familia. Algunas minas están tan metidas en las montañas que los mineros pasan hasta un mes en el monte.

*“El hombre que nos llevaba el mercado llegó con varias horas de retraso. Y dijo que en el pueblo había ocurrido una tragedia. El viernes anterior habían salido los compañeros a descansar. Sólo nos quedamos dos porque teníamos que cuidar la mina. Siempre salíamos en galladas de diez o de doce. Yo me bañé y fui a vestirme para salir, cuando la señora que nos hacía la comida me dijo: no se vaya que no le conviene. Yo me le quitó al viaje. Varios murieron. Uno de ellos, Carlos ‘Cabuyo’, salió prendido y*

*se tiró al río. Yo recuerdo eso y me da escalofrío. Si hubiéramos tenido la emisora, nos habríamos enterado a tiempo y habríamos salido rápido para estar con nuestras familias y para despedir a los amigos”.*

Maribel le dice adiós a Carlos y le recuerda que en la emisora necesitan ayuda. Los turnos de catorce horas son infames, así una tanda larga de música le da tiempo al locutor para dormir a la hora que el sol castiga más.

Caminamos hasta la casa de María Tránsito, una viejecita delgada, sonriente y generosa que nos da techo, en la vivienda mejor ventilada de Machuca. Construyó su casa, como lo hacían los viejos, nos dice, antes de que llegara el ladrillo, el cemento y el zinc. Un cubo de madera con cuatro puertas que dan ventilación por oriente, occidente, norte y sur; ventanas con rendijas generosas que dejan entrar la brisa, si la noche trae vientos; y techo de madera cubierto con tejas de barro y paja que conservan, en el día, algo de los vientos fríos del amanecer.

Maribel y María hablan mientras que hierve el café. Yo miró el inmenso salón donde, separados por postes de madera y tablones, distingo cuatro espacios: dos dormitorios, la sala y la cocina. Todos a la vista pero no al alcance de la mano. Me uno a las mujeres que hablan del cerdito educado, la mascota de María, que ahora mismo se disputa el rincón para la siesta con el gato amarillo que fue primero de la casa. Esta vez gana el gato. Reímos al ver que el cerdito sale del salón voleando su trasero rosado. Viene el silencio. No pregunto por la tragedia para no dañar el místico momento de dos amigas que no mueven un dedo para no provocar el calor que es una amenaza en las tierras bañadas por el río Cauca. Escuchamos la voz de Álvaro que trata de mantener la atención de una audiencia ya vencida por el sopor. El ritmo del reguetton no es el más aconsejable para el reposo. Entonces, María extiende su brazo pecososo, gira el interruptor y apaga.

## VII

En la calle no se mueve una hoja. Una chica me habla del paludismo que está matando a los niños del barrio La Esperanza; una maestra asegura que el salario mínimo promedio en Machuca es de 76.429 pesos, casi 400 mil pesos menos que el mínimo legal; un viejo me cuenta que para ir a Medellín –la capital– se tarda quince horas por una carretera en pésimo estado; una abuela se queja de que los muchachos se dejan seducir por la ganancia fácil: antes el oro; ahora, la coca; y un conductor de moto-taxi asegura que la explotación de las minas ha dejado las tierras perforadas, prestas para las inundaciones, inservibles para la agricultura.

Al cabo de un rato, cuando la emisora anuncia que faltan quince minutos para las cuatro, veo a Maribel que me llama con la mano. Dejo a mis contertulios, me despido de María Tránsito y deshago el camino con Maribel. Caminamos despacio. El sol, dice, produce dolores de cabeza. Sólo a eso de las cinco, la gente de Machuca volverá a la actividad. Y entonces la emisora será la compañía.

Tal vez hoy John Jairo Robledo y su grupo Expresión, necesiten la cabina para grabar su reguetton. Él dejará en reposo sus tijeras de peluquero y llegará con pistas puertorriqueñas a las que les pondrá letras que hablan de la vida diaria en Machuca. Elkin Arango, de 20 años, espera ansioso la llegada de los músicos. Es locutor desde hace dos años y le gusta ver cómo Expresión graba sus temas.

A Elkin, lo saludo al volver a la Machuca Digital Stereo. Me ofrece la silla de los invitados. Álvaro y Elkin me presentan a dos voces y entre cortinas de *ranchevallenato*. Hablo del paisaje cicatrizado de Machuca, de la suave voz de Maribel que parece viento fresco. Les digo gracias. Maribel y los muchachos me despiden desde el balcón. Ella pide que Colombia no los olvide, y yo tomo una moto taxi que me llevará en tres horas a Segovia y de ahí, en trece más a Medellín donde no saben que Machuca tiene una voz propia que sabe hablarle al corazón.